

DE GALDÓS Y BALART (EL DISCÍPULO Y EL MAESTRO)

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Resumen:

Benito Pérez Galdós dedicó a Federico Balart dos artículos, publicados en 1868 y 1894 en los periódicos *La Nación* y *La Prensa* de Buenos Aires. Manifiesta en ellos su admiración, y devoción por el que considera su maestro y mentor intelectual e ideológico en el marco de la Revolución del 68. Los artículos no fueron conocidos en España hasta 1972 y 1973.

Palabras clave:

Benito Pérez Galdós, Federico Balart, maestro, *La Nación*, *La Prensa*, Buenos Aires, Revolución del 68.

Abstract:

Benito Pérez Galdós dedicated two articles to Federico Balart, published in 1868 and 1894 in the newspapers *La Nación* and *La Prensa* of Buenos Aires. He expresses in them his admiration and devotion for what he considers his intellectual and ideological mentor in the framework of the Revolution of 68. The articles were not known in Spain until 1972 and 1973.

Keywords:

Benito Pérez Galdós, Federico Balart, mentor, *La Nación*, *La Prensa*, Buenos Aires, Revolution of 68.

La figura de Federico Balart ha merecido escasa atención de los estudiosos a lo largo de los años, a pesar de la enorme influencia literaria que ejerció en su tiempo, hasta el punto de convertirse en mentor de muchos escritores, entre ellos Benito

Pérez Galdós, que lo consideró siempre su maestro y así lo puso de manifiesto en dos artículos distantes en el tiempo que publicó en periódicos de Buenos Aires en 1868 y 1894, pero que no se difundirían en España hasta 1972 y 1973. Es interesante observar que en la biografía y estudio pioneros que realizó Juan Barceló Jiménez¹ en 1956 Galdós no aparece mencionado, aunque sí otros escritores de su tiempo que admiraron a Balart como es el caso bien conocido de Clarín. Un recordado artículo de Leopoldo Alas, muy extenso por cierto, sería utilizado como prólogo en la edición de las poesías de Balart en 1929. Pero de Galdós, y de su admiración hacia Balart, nada hasta fecha muy reciente, casi hasta el año del centenario 2020.

En efecto, Galdós publica en *La Nación*, de Buenos Aires, el artículo titulado «Galería de figuras de cera. XI Balart», el 22 de marzo de 1868. Y en *La Prensa*, de Buenos Aires, «Balart y su libro *Dolores*. Perfil biográfico», el 23 de abril de 1894. Los artículos no fueron recopilados ni en la edición de Ghiraldo² ni en ninguna de las recopilaciones posteriores, y no fueron conocidos en España y en el hispanismo hasta que los reeditó Shoemaker en 1972³ y 1973⁴. En 2004 los recogería José Carlos Mainer en su volumen de *Prosa crítica* de Galdós.⁵ Ambos artículos los reproducimos en su integridad en el apéndice documental de este trabajo.

Se trata de dos textos, el segundo de una extensión muy superior a la del primero, nutridos de admiración y de aprecio del novelista por Federico Balart, al que describe con detalle y de manera desenfadada en el artículo de 1868, y llega a denominar, en el de 1894, en letra cursiva, *don Federico*, reveladora de la familiaridad que con él había compartido a lo largo de los años. Su afinidad intelectual e ideológica en el marco de la Revolución del 68 queda de manifiesto en el segundo de los textos. Ambos artículos los utilizó el hispanista Peter Bly para su análisis del concepto de mentor o maestro en Galdós, como prueba del confesado y manifiesto discipulaje que Galdós mostró hacia Balart, sobre todo en el artículo de 1894, escrito a raíz de la publicación del libro *Dolores* del poeta murciano. Con motivo del centenario galdosiano de 2020, Luis García Montero, en su volumen *Galdós y los poetas*, incluyó en la antología galdosiana el artículo dedicado a Balart en 1894 y en el prólogo de esa edición estableció algunas reflexiones interesantes sobre la concepción galdosiana de la poesía en relación con los poetas de su tiempo.⁶

¹ Juan Barceló Jiménez, *Vida y obra de Federico Balart*, Murcia, Diputación, 1956.

² Benito Pérez Galdós, *Obras inéditas*, ordenadas por Alberto Ghiraldo, Madrid, Renacimiento, 1923-32, 11 vols.

³ William H. Shoemaker, *Los artículos de Galdós en «La Nación». 1865-1866, 1868, recogidos, ordenados y dados nuevamente a la luz con un estudio preliminar*, Madrid, Ínsula, 1972.

⁴ William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires*, Madrid, Cultura Hispánica, 1973.

⁵ Benito Pérez Galdós, *Prosa crítica*, edición de José Carlos Mainer, notas de Juan Carlos Ara Torralba, Madrid, Biblioteca de Literatura Universal, Espasa, 2004. Seguimos esa edición: «Galería de figuras de cera. XI Balart», págs. 373-376. Y «Balart y su libro *Dolores*. Perfil biográfico», págs. 594-600.

⁶ Luis García Montero (ed.), *Galdós y los poetas*, Madrid, Instituto Cervantes, 2020.

Del mismo modo, García Montero, en el catálogo de la exposición conmemorativa del centenario galdosiano en el Instituto Cervantes, *La realidad de una esperanza. Galdós, la memoria y la poesía*,⁷ se refiere a los artículos del novelista sobre Balart y a su concepto de la poesía a la hora de reseñar *Dolores*.

Hay que recordar previamente que Federico Balart Elgueta nació en Pliego, el 22 de octubre de 1831⁸. Estudia Bachillerato en Murcia y en Madrid inicia estudios de Derecho y Filosofía y Letras que no llegó a terminar. En la capital de España, asiste a tertulias literarias y políticas, en las que, en contacto con diversas gentes, va forjando su espíritu y personalidad. Desempeña, en principio, modestos cargos administrativos. Frecuenta y se hace socio del Ateneo y se inicia en el positivismo materialista de la época. Nombrado secretario del Ateneo en 1865, comienza sus actividades periodísticas colaborando asiduamente en *La Verdad* de Madrid, en *El Universal* y en *Gil Blas*. En este periódico publica un famoso artículo «Ejercicios de rasgueo», criticando la actuación del intendente de la Casa Real, Francisco Goicoerretea, a consecuencia del cual mantuvo con él un duelo del que resultó herido en una pierna, tal como ha estudiado Juan Barceló Jiménez⁹. Después de la Revolución de 1868 su carrera política y administrativa se acelera vertiginosamente, ya que en 1870 ocupa el cargo de subsecretario de Estado, y en abril del mismo año el de subsecretario de la Gobernación con su amigo el político Nicolás María Rivero, nombrado a la sazón ministro. Hasta la Restauración, Balart ocupa los cargos de director general, diputado de las Cortes, senador y consejero de Estado. Retirado de la ajetreada vida política, seguramente desengañado, entre 1874 y 1890, la época más tranquila de su vida, intensifica su labor periodística en la prensa más importante de entonces: *El Imparcial*, *Los Lunes del Imparcial* y *La Ilustración Española y Americana*. Hubiera ocupado Federico Balart el sillón f minúscula de la Real Academia Española, para el que fue elegido en 1891, y para el que entregó, y la Academia aprobó, el 14 de marzo de 1894, según constata Zamora Vicente, el correspondiente discurso de recepción, si circunstancias desconocidas no se lo hubiesen impedido, aunque sus desavenencias con Tamayo y Baus, secretario entonces de la Corporación, eran notorias. Zamora concluye: «No he encontrado huellas del discurso aprobado».¹⁰

⁷ Luis García Montero (ed.), *La realidad de una esperanza. Galdós, la memoria y la poesía*, Madrid, Instituto Cervantes, 2020.

⁸ Nos servimos de los datos aportados por Concepción Ruiz Abellán en *Diccionario biográfico español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2010, vol. VI, s.v. También Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, *Historia de la Literatura Murciana*, Murcia, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X el Sabio-Editora Regional, 1989, y Francisco Javier Díez de Revenga, *Académicos de la Región de Murcia en la Real Academia Española*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2006 (*Murgetana*, 115, 2006).

⁹ Juan Barceló Jiménez, «Historia de dos duelos famosos: Romea-Escobar y Balart-Goicoerretea», *Monteagudo*, 64, 1979

¹⁰ Alonso Zamora Vicente, *Historia de la Real Academia Española*, Madrid, Real Academia Española, 1999.

En 1900 es nombrado director del Teatro Español de Madrid, cargo que ocupa hasta su muerte y desde el que colabora con su paisano el actor Fernando Díaz de Mendoza y la esposa de éste, la gran actriz María Guerrero, con los que le unió una gran amistad. Justamente tuvo Balart la oportunidad de estrenar en ese teatro la mejor obra dramática de Galdós, *Electra*, que era entre las suyas la que más apreciaba el novelista. El proyecto de *Electra* fue rechazado por María y por Fernando, que consideraron que no se ajustaba a su público habitual. Y fue Balart el que se la pidió a Galdós a pesar de las muchas dificultades desde el punto escenográfico que planteaba la obra. Pero finalmente se estrenó en una tensa jornada en que partidarios y detractores de Galdós y del mensaje de la obra («amor a la verdad» y «lucha constante contra la superstición y el fanatismo», en palabras del propio novelista) vivieron una jornada memorable aquel 30 de enero de 1901.

Aparte de su extensa labor periodística, los libros en prosa de Balart se reducen a *Impresiones. Literatura y arte* (1894) y *El prosaísmo en el arte* (1895), en los que recoge trabajos ensayísticos sobre crítica de arte en general. Pero la popularidad de Balart, muy acentuada en su época, proviene de sus obras en verso, sobre todo de *Dolores* (1893-1894), poemario elegíaco que dedica a la memoria de su primera esposa, fallecida en 1879. Alabada y recibida con fervor por la crítica más exigente –Clarín, Valera, Ganivet–, la muerte de su mujer le proporciona al poeta un patente e intenso dolor y una incontenible pena que le hace recobrar la fe perdida, como estudió Luis Valenciano Gayá.¹¹ Poeta de la pena, como lo denominó Clarín, acertó a expresar su dolor con naturalidad y con gran capacidad para la «confesión de dolores comunes».

En 1897 publica *Horizontes*, colección de poesías de circunstancias, entre ellas las dedicadas a la riada de Santa Teresa o al terremoto de Granada, y en las que destaca el aire filosófico de algunos poemas que evocan inquietudes universales. Moriría el 11 de abril de 1905, tras lo cual aparece en Madrid. *Sombras y destellos*, en 1905, con imitaciones de Goethe, poemas inspirados en las ideas de Leibnitz y Pascal y en donde se incluye una colección de sonetos de Antero de Quental, por él traducidos. En 1906 se publica *Fruslerías*, poesía humorística en la que se mezcla la burla de los tópicos literarios y los chistes epigramáticos, mientras se censura la falta de moralidad urbana.¹²

El primer artículo sobre Federico Balart lo escribe Galdós a los veinticuatro años. Balart tiene en ese momento treinta y seis. El joven escritor describe a su amigo con natural simpatía que incluso le permite bromear con su aspecto físico. Pero lo que tiene claro es que sus cualidades como crítico de arte y de teatro revelan inteligencia sin artificios ni recargamiento, sin erudición, aunque la posee y podría prodigarla, pero no lo hace. Va directo, es incisivo y desde luego ingenioso, virtudes

¹¹ Luis Valenciano Gayá, «Federico Balart y Vicente Medina. Un análisis del amor y de la pena», *Anales de Universidad de Murcia*, 15, 1956-1957.

¹² Francisco Javier Díez de Revenga, «El humor de Federico Balart», *Monteagudo*, 55, 1976.

que mostraba en el trato directo y en las conversaciones hasta llegar a la sutileza epigramática. Retiene Galdós el nombre de Balart hasta la parte final del artículo, porque está seguro de que sus lectores descubrirían quién es al oír el relato de sus cualidades y de su inteligencia. Alaba desde luego su capacidad expresiva y su dominio de la lengua clara, real y directa, lo que revela su ingenio. Y destaca que es una excepción entre los de su clase. Es muy cierto que aún no ha publicado ningún libro, pero su obra es conocida, tenida en cuenta y respetada.

El segundo artículo es muy diferente. Ha pasado un cuarto de siglo. Galdós ya ha cumplido los cincuenta años. Balart ya ha cumplido los sesenta hace dos años. Se incrementa notablemente la visión retrospectiva del escritor, que ya tiene tras de sí una sobresaliente trayectoria periodística, literaria y crítica, e incluso, ahora, poética. El nivel de admiración asciende y la consideración de maestro y de mentor se afianza. Galdós quiere proclamarlo así, sin miramiento alguno, en su artículo. Evoca Galdós intimidad y confianza que forjaron complicidades: el médico que le atiende de su lesión en el duelo es paisano y amigo de Galdós y es quien les presenta. Desde la distancia de aquellos años sesenta, proclama Galdós: «Los consejos sanos de aquel buen amigo, en quien vi desde el primer día un maestro incomparable, influyeron de tal modo en mí y tan seguro camino me trazaron que si mil años viviera no se extinguía en mí la gratitud que debo a Federico Balart». Se evocan las visitas diarias al domicilio de Balart en la calle de Fomento y se comentan las lecturas y los descubrimientos por parte del joven escritor gracias a los consejos literarios de Balart.

Como muy bien advierte Peter Bly,¹³ en el extenso comentario que hace de la relación entre Balart y Galdós, se refleja en los dos artículos galdosianos una admiración que va de principio a fin. Pero el artículo de 1894 es sin duda el más expresivo, porque está provocado por la publicación del poemario de Balart *Dolores*. Un ejemplar del libro le había dedicado Balart a Galdós, según dio a conocer Sebastián de la Nuez: «A Pérez Galdós. *Un primer admirador*. Federico Balart».¹⁴ Seguramente Galdós había leído los comentarios de Clarín en *El Imparcial*, el 12 y el 19 de febrero de 1894, y que posteriormente se convertirían en el prólogo de la edición de poesías de Balart del año 1929.¹⁵ Pero realmente Galdós no habla nada prácticamente, en su artículo, del libro *Dolores*, sino de Balart como maestro y mentor, y de lo que él ha representado como guía de toda una generación. Aunque sus consideraciones sobre la poesía y su verdad no han de pasar inadvertidas al lector.

¹³ Peter Bly, «Galdós y el ser mentor», *La hora de Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2018.

¹⁴ Sebastián de la Nuez, *Biblioteca y archivo de la Casa Museo Pérez Galdós*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular, 1990, pág. 162.

¹⁵ Leopoldo Alas, Clarín, «Estudio crítico de *Dolores*», en *Dolores. Composiciones inéditas. Cartas de contemporáneos*, de Federico Balart, Barcelona, Gustavo Gili, 1929.

Es interesante observar que en el artículo Galdós alude a los otros que considera sus maestros, Mesonero Romanos, Balzac y Dickens, y reconoce que fue Balart el que le descubrió al gran novelista inglés, del que acabaría traduciendo su *Pickwick*. A Mesonero había dedicado Galdós en el 68 otro artículo en *La Nación*, el X de su *Galería*, como haría también en ese año con Balart. A Dickens además, en el mismo año, el artículo de «Variedades» en la misma *La Nación*.

El lector advertirá el distinto tono de los dos artículos. Entre ellos ha transcurrido un cuarto de siglo de amistad y de admiración no disminuida en ningún momento, lo que es fácil de advertir al leer los dos artículos. Otra cuestión es por qué Galdós no publicó estos argumentos de reverente admiración en España. Y por qué los publicó en Argentina, de manera que no se conocerían en España hasta más de cien años después. Lo interesante, en todo caso, es abordar la lectura de los dos textos y ver en ellos el reflejo de una amistad duradera y también de una admiración e incluso de una devoción, mientras podemos advertir en el segundo artículo cómo Galdós descubre la gestación del libro *Dolores*, como señala García Montero: «Galdós imagina el proceso creativo de interiorización muy cercano al que Bécquer había representado. Al novelista le interesa destacar la expresividad íntima»¹⁶. Para Galdós la poesía de Balart está presidida por la sinceridad, lo que refleja la posición del novelista ante la poesía de su tiempo y el respeto que le merece ante todo la autenticidad del poeta que se aleja de los alambiques y no se sirve de los artificios para su obra de creación: «O yo no entiendo de poesía lírica o he de sostener que sin la intensidad del subjetivismo, no hay lírica posible. Todo se finge menos un dolor vivo, que arranca del alma y a ella vuelve, hiriéndola como un hijo desnaturalizado que martiriza a su propia madre». *Magister dixit*.

¹⁶ Luis García Montero (ed.), *Galdós y los poetas*, pág. 32.

Apéndice documental

I

Galería de figuras de cera. XI. Balart

No os asombréis de que le hayamos encontrado. Pues que, ¿había de quedarse atrás y no venir como los otros a formar en batalla entre las innumerables figuras de nuestra galería? No tiene nada de rezagado, no; a pesar de la poca agilidad pedestre que le caracteriza. Vendrá, y vendrá de los primeros porque allí donde los pies, auxiliados de caritativa muleta, no pueden llegar, llegan, y con anticipación notoria, las extremidades velocíferas del pensamiento, que si bien en algunos es tardo y pasicorto como mula de arcipreste, en otros semeja por lo rápido y fogoso al caballo de Mazzepa y al mismo Pegaso, honor de las cuadras celestiales. Esta figura tardará dos horas para atravesar media calle; pero en locomoción intelectual, os digo, señores, que no le cogen galgos corredores, ni cohetes de la *Congrève*.

Seamos justos y reconozcamos, como al par de las buenas cualidades, los defectos de las personas. Francamente, lo que es en coreografía, no esperéis cosa buena de esta figura; eso no. Desde luego os aseguro que en ese importante ramo de la sabiduría, no hará ningún prodigio; pero si apreciáis en algo los pasos, vueltas, figuras y movimientos del ingenio; si la danza intelectual, es su más alta expresión de arte supremo, tiene a vuestros ojos algún valor, no podréis menos de confesar que este señor es de los que con más seguridad, aplomo y equilibrio profesan este arte. *Claudes non claudicantes*.

Vamos por partes.

Sobre esas extremidades inseguras coloquen ustedes un cuerpo bien redondeado, aunque no obeso; sobre este cuerpo una cabeza bien formada, con pelo negro, en que campean algunas canas (muy pocas) asaz prematuras; adornen ustedes esta cabeza con un rostro moreno, de proporciones, limitado arriba por una frente espaciosa y abajo por una no muy frondosa perilla; animen ustedes este rostro con una expresión de vivacidad y perspicacia, de penetración fina y delicada agudeza; coronen ustedes este edificio con una cúpula sombreril, que no ofrece nada de particular; añádanle al tronco el refuerzo de un bastón suplementario, y tendrán pintiparada la *vera efigies* del amable escritor que hoy nos toca describir.

Vamos a lo otro, a la parte *non claudicans* de la figura.

El público conoce una faz de su ingenio, le conoce como escritor crítico de teatros y de pintura, como murmurador conceptuoso y agudo; conoce la inagotable

riqueza de sus epigramas políticos, tesoros de invención y fuerza cómica, que en gran número se pierden diariamente en el torbellino de la prensa periódica. Estos epigramas envuelven la más profunda intención de una forma cultamente incisiva: aquellos artículos exponen con picaresca filosofía y discreta familiaridad las bellezas y barbaridades que las exposiciones artísticas por un lado y los teatros por otro ofrecen a su observación.

¡Oh! ¡Un crítico de teatros! ¡Fiscal odioso, enfático tasador de las creaciones del ingenio, perito agrónomo de los primitivos y aljofarados campos de la fantasía, alguacil de incorrecciones, celador urbano de desafueros literarios, corchete de la retórica, cataversos y rompecabezas del genio! ¡Quite usted allá! ¿Hay entes más fastidiosos que esos críticos de teatro?

Poquito a poco, señores míos: no se alboroten ustedes antes de tiempo. ¿Creen ustedes que este es de aquellos insoportables criticones de hace veinte años, que con su Blair, su Gustavo Planche y su Lista en el bolsillo, se pasaban las horas aplicando el compás académico sobre un endecasílabo, sobre una estrofa, sobre una escena, sobre un acto? No es de aquellos que para juzgar una obra emplean setenta y siete páginas, con sus correspondientes divisiones de párrafo, empezando por una *teoría general de lo bello*, pasando a renglón seguido a una teoría particular del teatro, metiéndose después en la historia del arte de la dramático, manoseando a Tespis un buen rato para emprenderla después con Esquilo, echando *in continenti* una media caña con Shakespeare y Lope, acariciando después a D. Ramón de la Cruz, y entrando al fin por las puertas del siglo decimonono, para venir a parar a los *Bufos* y al Príncipe donde se está representando la comedia *A*, del autor *B*, que es objeto del artículo.

Hay hombres que ejercen el magisterio de la crítica *per terrorem*: escriben un código penal al principio de su tarea y después cuando un pobre autor da al público un sainetillo, nuestro crítico empieza a soltar autos y más autos, procesos y más procesos, y al fin sentencia en última instancia al infeliz, condenándole a la pena de perpetua difamación. Balart no es de esos. No veréis en sus artículos impertinentes alardes de erudición, aunque si quisiera hacerlos, yo sé de buena tinta que pocos le llevarían ventaja. Conociendo con gran profundidad los principios de la crítica, y profesándola con entereza, con rectitud, con imparcialidad posee además, una cualidad que le distingue de todos los que entre nosotros se dedican a esa ingrata ocupación. Lo primero que debe buscar el crítico es ser leído: para ser leído es necesario ingenio, erudición sabiamente empleada, flexibilidad y riqueza de estilo; pero sobre todo mucho ingenio. Balart posee esas cualidades en grado inminente. Él os dirá los defectos de una comedia, os hará comprender lo que vale, sin fastidiaros con las actuaciones de un proceso literario. Con la admirable percepción que le caracteriza, verá y os mostrará todo lo trascendental que puede existir oculto en la obra; y entre tanto, este trabajo de investigación y análisis se os ofrece hábilmente

disimulado y cubierto con las galas de un estilo que no puedo calificar. En él se reúne de lo más pintoresco y expresivo a lo más ático y correcto: es siempre conceptuoso y cómicamente filosófico, y ajeno siempre a esa forma suelta, difusa, inorgánica y bárbara que tanto domina hoy en algunos escritores humorísticos. El estilo de Balart pertenece a ese material compacto y mórbido, mármol exquisito y transparente en que los cinceles antiguos han tallado el *Viaje sentimental*, *El pobrecito hablador*, *El ingenio* y las *Notas al auto de Logroño*.

No necesito decir que este literato, conocedor de nuestra lengua, más que muchos de los que *limpian, fijan y dan esplendor*, no se sienta, a pesar de aquellas cualidades, en ninguno de los escaños del Olimpo de la calle de Valverde.

Pasemos ahora por vía de epílogo a lo que el público no conoce en las manifestaciones intelectuales de nuestra figura.

¿Y este hombre no escribe libros? ¿No hace comedias, no hace dramas, no hace novelas?... Pregunta es esta a que no podemos contestar por dos razones.

Primera: por la falta de espacio.

Segunda: porque el carácter de nuestra galería no nos permite pasar más allá del pedestal sobre que están expuestas las figuras. Soy público y no me incumbe más que lo publicado. Conténtome con esperar una maravilla; pero, creedme no será una maravilla coreográfica.

Benito Pérez Galdós.

La Nación, Buenos Aires, 22 de marzo 1868

II

Balart y su libro *Dolores*.

Perfil biográfico

Tras una interrupción impuesta por las circunstancias y para la cual reclamo indulgencia, reanudo mis cartas hablando de Balart, el escritor ilustre antes conocido como crítico y hoy celebrado como poeta. El tomo de poesías titulado *Dolores* ha corrido en breve tiempo por esos mundos, y a estas horas debe ser tan conocido en América como en España, por lo cual, antes he de ocuparme del poeta que de las poesías. Estas pueden ser apreciadas por la lectura. Aquel es personalmente desconocido en América, quiero decir, desconocido en el sentido biográfico, de ningún modo en el literario.

Por mi suerte, pocos podrán hablar de Balart con tanto conocimiento como el que escribe estas líneas, porque mi amistad con *don Federico* data de tiempos remotos. Si no han pasado treinta años desde que le vi y traté por vez primera, no faltará mucho para aquella cifra. Ello fue antes de la Revolución del 68, época que nos sirve de punto de comparación para todas las fechas, por ser aquel suceso histórico el más culminante que hemos presenciado los que nacimos hacia la mitad del siglo que corre

Un par de años, si no recuerdo mal, antes del 68, conocí a Balart, que ya tenía un nombre en la república de las letras y había luchado en el periodismo con un ardor de que hoy no tenemos idea.

En los días precursores de la Revolución del 68, las luchas eran apasionadas y formidables; como que se tiraba a cambiar radicalmente todo el organismo político, en su base fundamental, y en efecto se le cambió hiriendo por el pie la tradición y abriendo camino a las nuevas ideas.

Balart había hecho sus primeras armas en la prensa, como crítico de bellas artes y de teatros, distinguiéndose por su claro juicio, por su estilo elegante y la incomparable gracia de su ingenio. Colaboraba, además, en un periódico satírico, de grata memoria, atildado en la forma, revolucionario en la intención, y allí tuvieron fundamento su fama y su desgracia, porque de un escrito que alguien consideró ofensivo surgió uno de esos lances que ordinariamente terminan sin consecuencias desagradables. En aquel caso no sucedió lo que casi siempre sucede, y el ingenioso periodista recibió una cruel herida en un pie, que comprometió su vida, teniéndole postrado durante muchos meses. Hallábase ya en la convalecencia, cuando el médico que le asistía, paisano y amigo mío, me presentó al enfermo, y desde entonces no se ha aflojado la amistad que al punto nos unió con lazo estrecho. Yo era entonces un chiquillo con las pretensiones y las ambiciones propias de la edad, con ínfulas de escritor y autor dramático.

Los consejos sanos de aquel buen amigo, en quién vi desde el primer día un maestro incomparable, influyeron de tal modo en mí y tan seguro camino me trazaron que si mil años viviera no se extinguía en mí la gratitud que debo a Federico Balart.

Diariamente le visitaba entonces en su casa de la calle de Fomento y platicábamos de literatura y política, de esto último con la preferencia impuesta por las circunstancias, pues en aquellos días todos sentíamos en nuestro seno la gestión del hecho revolucionario. Para mí, entonces como ahora, la opinión de Balart era dogmática: sus ideas sobre todo parecíanme incontrovertibles. En asuntos de arte y literatura, bien puedo decir que inculcó en mí ideas que han arraigado para siempre. Por entonces yo conocía a Balzac, pero no a Dickens, Balart fue quien me lo hizo conocer. Era quizá una de las poquísimas personas que en Madrid apreciaban al maestro de la novela inglesa. Lo que me encantó el descubrimiento que debí a

mi maestro, no hay para qué decirlo. Para él Dickens era un superior ingenio, tan fuerte como Shakespeare en la pintura de caracteres, un narrador incomparable, y el escritor más gracioso del mundo después de Cervantes. Consecuencia de esta adoración por Dickens que se me comunicó al instante fue que pusiera mis manos en una traducción del *Pickwick* que logré llevar a feliz término en unos cuantos meses.

Otra pasión artística de Balart era Toledo, pasión que me comunico también, y por aquellos días hice mi primera visita a la ciudad imperial y pude apreciar la poesía y el arte supremo que encierra. Nuestras pláticas no acaban nunca, y el mundo antiguo y moderno, las formas heredadas de los siglos pasados y las tentativas del nuestro para expresar las bellezas, nos entretenían largas horas, él enseñándome, aprendiendo yo lo que podía al calor de su grande ingenio, y con el ejemplo de su gusto exquisito. Pocas, muy pocas personas hay en España que entiendan de arte plástico lo que Balart. La pintura es su amor predilecto, y con tal conocimiento habla de ella, revelando al par del criterio sano, la habilidad técnica, que parece haberse pasado la vida con los pinceles en la mano. No solo sabe cuál es la mejor pintura, sino cómo y de qué manera se debe pintar. Y sus ideas son tan firmes, y su criterio tan personal y tan independiente de las ilustraciones de la moda, que hoy es un rafaelista impenitente, como lo era en aquellos lejanos días a que me he referido.

La Revolución del 68 deshizo las dulces tertulias de maestro y discípulo, en casa del primero. Balart entró en el Ministerio de Estado donde prestó grandes servicios. Era hombre de aptitudes universales, y su talento superior se asimilaba los conocimientos más antitéticos. Entonces dejó de escribir para el público, o escribía muy poco, anunciando el período de obscuridad y alejamiento en que vivió posteriormente. Siguió siendo una autoridad en materia de arte y literatura, su fama de agudísimo crítico era la misma, porque ninguno apareció después que le eclipsara, pero como no escribía, su nombre quedó en nuestro recuerdo como el de un ilustre fenecido.

Lo más extraño es que sus artículos críticos continuaban desperdigados por este y el otro periódico, pues hasta los días que corren no se han coleccionado. El primero libro de Balart que ha visto la luz es el tomo de poesía *Dolores*. Y es más extraño todavía que durante un lapso de tiempo no inferior a quince años ha estado completamente eclipsada la firma de este escritor de primer orden, tan eclipsada la firma como la persona, pues no solo se había sumergido el escritor en voluntaria obscuridad, sino que el hombre vivía en un apartamiento y soledad melancólica que nos privaba de su gallardo estilo y hasta de su amenísimo trato.

La muerte de su esposa le sumió en tan profunda tristeza, que durante algunos años no vivía más que en la esfera puramente espiritual, embebecido en el místico recuerdo de la que amó. Fue este un periodo en que creímos a Balart perdido absolutamente para el arte, porque repugnaba el ver su nombre en letras de molde, despreciaba la vida y la labor literarias, y abandonaba su propia fama, como de cosa

terrenal indigna de ocupar la mente y la voluntad de un hombre de su temple. Por entonces vivía de su modesto empleo en el Banco de España, que desempeñaba con suma laboriosidad y entendimiento superior, pues no hay hombre, como dije antes, de actitudes más variadas ni que mejor sepa adaptarse a lo que exigen de él las realidades de la vida.

Infatigable en el cumplimiento de sus deberes burocráticos, solo fue perezoso para las letras. En esto (no hay que disculparle), su pereza y abandono han sido siempre extremadas. Fue preciso que perdiera su plaza en el Banco, por uno de los arreglos de personal tan comunes en nuestra insegura Administración, para que Balart volviese a ser escritor, y su prosa admirable reapareciese en los periódicos, la gloria de este que bien puedo llamar renacimiento pertenece a *El Imparcial*, que persiguió tenazmente a don Federico, sacándole casi a viva fuerza de la oscuridad en que esconderse quería. De esto no hace más que cinco años próximamente.

Balart, como el Guadiana, salió a la superficie después de un largo espacio de vida subterránea. Le creíamos perdido para siempre, pero ahí le tenemos vivo y caudaloso, en toda la plenitud de su talento crítico, y con algo que es enteramente nuevo en él y que no sospechábamos los que por maestro y mentor le tuvimos en los ya lejanos días del 66 y del 67.

¿Cómo y cuándo escribió Balart los amigables versos de *Dolores*? No hace mucho que le oí contar la historia de este libro. Durante aquellos tristes años en que la muerte de su esposa le tuvo en profunda abstracción, apartado del trato de gentes y viviendo su propia pena, escribía versos que eran el único desahogo de su alma atribulada. Los escribía sin mira alguna ni intención literarias, con instintivo impulso, o más bien, necesidad expansiva de su espíritu. O esta es la verdadera la única inspiración posible, o no hay inspiración en el mundo. Balart escribía sus versos sin acordarse de que era literato, sin que influyeron en él los versos de igual índole que en su vasta erudición conocía, y sin pensar que existen prensas y editores, ni menos con aquellas flores exquisitas y frescas de su numen se podía hacer una reputación literaria. El dolor fue su musa, y fuera de la ley de gramatical, del metro y la rima, ninguna traba ni prejuicio de escuela estorbaban la fluidez del sentimiento poético. Escribía en el pedazo de papel que se le venía a las manos, en un despedazado sobre de carta, en el margen de un periódico, y conforme iba llenando de versos los fragmentos de papel, guardábalos en los cajones de su mesa. Jamás revisaba lo escrito, como el ave que hoy no se acuerda de lo que cantó ayer, y si canta de nuevo es en la creencia de que lo hace por primera vez.

Pasado algún tiempo, el literato empezó a destacarse sobre el poeta, y como quien descubre un tesoro, hizo exploraciones en aquel depósito de versos arrancados del corazón, ayes de un alma lastimada y creyente, y tras el literato resurgió el crítico, que al punto reconoció en su propia obra cualidades de cosa literaria y publicable. Por aquel entonces le acosaban los periodistas en demanda del original. Pero Balart no quería dar sus versos a la estampa, por nativa modestia, y más aún por ese pudor de una amargura hondísima, que cree profanarse descubriéndose ante un público que busca emociones en el dolor ajeno.

Por fin, la sugestión cariñosa de amigos y compañeros de letras le decidió a dar a la prensa algunas de sus composiciones, creadas en el misterio para consuelo del mismo poeta solitario que se entretenía en cincelar su pena y darle forma artística. El efecto causado en el público fue inmenso. Pero continuaba defendiendo su tesoro de manos codiciosas y lo recataba creyendo que era una profanación someter las palpitaciones íntimas de su ser descolorido a esa viva luz que llamamos éxito.

Era todo ello demasiado personal, demasiado sentido y verdadero para ser expuesto a los ojos del público como cualquiera artificio retórico de estos que alcanzan, por imposición de la moda estética, una boga más o menos durable.

El tiempo, que es un gran médico, fue curando a Balart de aquella pasión de ánimo, y aunque el desconsuelo de su viudez no se ha extinguido ni se extinguirá nunca, al fin vemos resurgir el espíritu del literato, que si hubiera dañado al poeta en los días de la febril creación de *Dolores*, después ha venido a prestar un gran servicio a las letras patrias, sacando del oscuro cajón en que las escondió su modestia, las páginas hermosas, tanto más sentidas cuanto más inconscientes.

También me ha contado don Federico que, en una mudanza de casa, traspapelaron algunas de las composiciones, y ya se estaba imprimiendo el libro cuando una feliz casualidad las hizo aparecer. Pero aún no está seguro el poeta de que el tomo contenga todo lo que escribió en horas de melancolía y exaltación insana y es muy posible que más de una joya ande revuelta y perdida entre la balumba de libros y papelotes, en la desordenada habitación de este hombre eminente, que sabiendo pensar y sentir como nadie, jamás se ha cuidado de la gloria ni de la publicidad, ni del renombre literario.

El éxito del libro *Dolores* ha sido inmenso. Todo el mundo comprende la poesía encerrada en aquellas páginas: todo el mundo la aprecia, porque basta haber perdido un ser amado para hallarse en condiciones de apreciar la verdad poética que afluye de aquellos versos. O yo no entiendo de poesía lírica o he de sostener que sin la intensidad del subjetivismo, no hay lírica posible. Todo se finge menos un dolor vivo, que arranca del alma y a ella vuelve, hiriéndola como un hijo desnaturalizado que martiriza a su propia madre.

Dolores vivirá siempre por lo que tiene de autobiográfico, porque el asunto se halla en perfecta armonía con la forma, porque el poeta y el sujeto de la poesía son una misma persona, porque no ha necesitado que nadie le informe de las desdichas humanas, porque estas son su inspiración, y ha narrado con sencillez y verdad su pena inmensa, encontrándoselo todo hecho, trabajando sin esfuerzo, sin preocupaciones de oficio, sin más preparación que el conocimiento técnico del metro y la rima, al alcance de toda persona medianamente docta; vivirá, porque el artificio es en ese libro nada más que lo indispensable para exteriorizar el pensamiento, la menor cantidad posible de cuerpo para contener una alma vigorosa.

Balart es murciano. Ya que estoy trazando su perfil biográfico, diré que nació en la villa de Pliego, no sé cuándo. El cura que le bautizó vive aún, y ha recordado una anécdota famosa del día en que cristianaron al que es hoy poeta insigne. Su edad debe andar próxima a los sesenta. Es un hombre de mediana estatura, más bien gordo que flaco, barba y cabello enteramente blancos, con ojos de muchacho, tan relucientes y vivaces que da gozo verlos. Cojea un poco, achaque que proviene del percance de hace treinta años; viste desaliñadamente, come poco, digiere mal, no goza de buena salud y es uno de los literatos más abandonados y perezosos, así como uno de los amigos más leales y el hombre de conversación más amena y de trato más encantador que Dios ha echado al mundo. De mí sé decir que cuando le visito no sé desprenderme de su lado, de tal modo me atrae y encadena con su gracia exquisita, con su erudición artística y literaria, la erudición más simpática que conozco. Como crítico de arte no tiene rival, y como maestro en cosas literarias, tampoco. Sin que me ciegue el cariño, bien puedo afirmar que no hay hombre en la actual generación cuyos juicios me impongan respeto.

Y aquí pongo punto final, presintiendo que no ha de faltar ocasión para hablar otra vez de Federico Balart.

Benito Pérez Galdós.
La Prensa, Buenos Aires, 23 de abril 1894